

Arturo Alezzandrini

Enseñar y curar

Fue presidente de las organizaciones de oftalmología más importantes del país y profesor titular en la Universidad de Buenos Aires y en la del Salvador. Especialista en retina y vítreo, pionero en retinofluoresceinografía, en el estudio de la papila óptica y en la Cirugía con láser en Argentina. Fundador del primer órgano de difusión del consejo.

Empezó sus prácticas en el Hospital Lagleyze mientras terminaba su carrera. Se recibió en 1957 y en 1960, junto con los doctores Alberto Cremona y Edgardo Manzitti (padre), fundaron el Hospital Privado de Ojos en el barrio de Congreso. Dos años más tarde fue el primero en Argentina que comenzó a practicar la retinofluoresceinografía. En 1965 descubrió un síndrome que hoy lleva su nombre. Durante 1981 y 1982 presidió la Sociedad Argentina de Oftalmología y luego fue presidente del Consejo Argentino de Oftalmología por dos períodos consecutivos (1987-88 y 1988-89). En 1988 fue nombrado profesor titular de la cátedra de Oftalmología de la UBA y también de la Universidad del Salvador. Además, recibió el título de *doctor honoris causa* de la Universidad de Asunción, Paraguay. Hace un año y medio fue operado de un aneurisma y estuvo tres meses en coma. Cuando salió, decidió retirarse. Actualmente es consultor médico en la clínica Oftalmos, de la que es dueño su hijo, el doctor Arturo Alezzandrini. A los 74 años, con una vida dedicada a la investigación y a la docencia, hace un balance altamente positivo de su carrera: “Me considero un triunfador dentro de la especialidad, he ocupado la presidencia de todas las organizaciones de oftalmología más importantes del país y soy conocido y respetado internacionalmente”.

¿Cuáles fueron los motivos que lo llevaron a elegir la especialidad?

Básicamente, se trató de un motivo laboral, porque yo era empleado del

Banco Nación y un día me encontré con un oftalmólogo amigo que estaba en el Instituto Lagleyze y me contó que se iba a abrir un concurso para practicantes. Entonces me presenté, gané el concurso y empecé las prácticas en el año 1954, mientras terminaba de estudiar.

¿Y qué pasó cuándo se recibió?

Tres años más tarde, cuando me recibí, ya hacía todo tipo de cirugías, porque ya tenía tres años de experiencia en el Lagleyze. Y recuerdo que en aquella época nos quedábamos solos a cargo del instituto después de las 12 del mediodía como si fuéramos sus directores. Atendíamos a más de 400 enfermos por día.

El mechón blanco en el bigote, las cejas y las pestañas blancas de un lado solo, como tiene Charly García, es una lesión en la retina que se conoce en el mundo como síndrome Alezzandrini.

¿Recuerda quiénes lo guiaron en estos primeros pasos?

Bueno, ahí conocí al que fue mi primer maestro y padre espiritual que fue el Dr. Alberto Carlos Cremona. En aquella época él era interventor del Instituto Lagleyze y como yo tenía una práctica bancaria y había trabajado en el sector de presupuestos y gastos durante muchos años, me ofrecí a ayudar-

lo porque lo veía un poco perdido. Allí comenzó una gran amistad que perduró toda la vida. También había otro profesor que era Edgardo Manzitti —padre de Edgardito— que fue el creador de la oftalmología pediátrica en Argentina y con quien también nos hicimos íntimos amigos. Logré con ellos tal amistad que fueron mis testigos de casamiento.

¿En qué subespecialidades incursionó?

Fundamentalmente en glaucoma, retina y vítreo. En la oftalmología hay una prueba que se llama retinofluoresceinografía y en 1962 fui el primero en Argentina y en América y el quinto en el mundo en practicarla. Este hecho me hizo famoso internacionalmente y por eso llegué a tener el prestigio que tuve. Debido a la retinofluoresceinografía, durante cinco años, yo veía todos los fondos de ojos difíciles de la Argentina, del Uruguay, del Paraguay y algunos de Chile, que venían para hacer el diagnóstico. Hice casi 20.000 retinofluoresceinografías. Además, fui uno de los primeros que introdujo el láser en el país. Recuerdo que por ese entonces nos fuimos cuatro meses a Europa con Cremona y Manzitti a practicar fotocoagulación.

Además, ¿usted descubrió un síndrome que hoy lleva su nombre?

Sí. Es lo que tiene el músico Charly García: ese mechón blanco en el pelo, las cejas y las pestañas blancas pero de un lado solo. Esa es una lesión en la retina y en el mundo actualmente se conoce como síndrome Alezzandrini, porque fui el que lo descubrió.

Para ese entonces, ¿usted continuaba en el Lagleyze?



Para ese entonces Cremona se retiró del Lagleyze para dejarme a mí la dirección. Era el año 69 o 70 y él tenía todo dispuesto para nombrarme, pero por cuestiones políticas asumió la presidencia el doctor Sampaolesi.

¿Cuáles eran esas cuestiones políticas?

Primero que yo no tenía nada que ver con la política y además porque Sampaolesi era del Clínicas, que en esa época competía con el Lagleyze. Y bueno, me “sonaron” la dirección. Pero no hay mal que por bien no venga porque yo ya era profesor adjunto de la UBA, también por concurso, y entonces me nombraron a cargo de la cátedra de oftalmología. Allí estuve por siete años hasta que me jubilé.

¿Y qué pasó después?

Me vine al Clínicas, pero nuevamente por cuestiones políticas, cuando se abrió el concurso salí segundo y lo ganó Sampaolesi. Entonces yo hice la cátedra paralela en el Lagleyze y ahí me quedé por tres o cuatro años hasta que fui profesor titular.

¿Paralelamente puso su propio consultorio privado?

Si, siempre tuve consultorio privado, desde que me recibí. En 1960 con Cremona, Manzitti, y otro grupo de notables colegas fundamos el Hospital Privado de Ojos, en el barrio de Congreso. Ahí estuve toda la vida.

Vocación

¿Y qué lo impulsó a dedicarse a la docencia?

Siempre me gustó enseñar y siempre tuve muchos discípulos en todas partes del mundo. Muchos de los médicos oftalmólogos más destacados de América fueron discípulos míos.

También pasó por las más importantes organizaciones de oftalmología. ¿Qué recuerda de su paso por la Sociedad Argentina de Oftalmología?

De la SAO fui secretario y fui presidente. Cuando era secretario creé los ateneos interhospitalarios y cuando fui presidente creé lo que se conoce como cursos anuales de perfeccionamiento.

Si hablamos de organizaciones prestigiosas también fue presidente del Consejo Argentino de Oftalmología por dos períodos consecutivos. ¿A

qué le puso más énfasis durante su gestión?

Fundamentalmente, la lucha contra la optometría y el desarrollo de los ateneos interhospitalarios. También fundé el diario del Consejo que en esa época se llamaba *CAO Noticias* y lo redactaba casi todo yo. Recuerdo que era de un formato tabloide, de ocho páginas.

Usted escribió muchos artículos sobre educación en oftalmología, ¿Cómo ve el sistema de enseñanza en la actualidad?

Para mí existe un serio problema: cuando los que desean dedicarse a la oftalmología quieren hacer la residencia hay 300 aspirantes para un cupo de sólo veinte lugares. Entonces muchos se van a la provincia de Buenos Aires a poner su consultorio. La trampa está en que ponen: “médico, enfermedades de los ojos” en lugar de médico oftalmólogo y así pueden ejercer y nadie les dice nada. No obstante, en los últimos dos o tres años los chicos jóvenes son más estudiosos y han mejorado mucho el nivel de la oftalmología en Argentina, pero hasta

el año 90 era pavoroso, especialmente en el interior.

¿Considera que hizo otros aportes en materia de educación?

Algo que yo considero un paso muy importante fue la creación de reuniones intersocietarias intercátedras de oftalmología. Eso fue muy importante porque se unificó la enseñanza de la oftalmología con un programa igual en todo el país. Y otra de las cosas es que desde hace diez años mi libro *Fundamentos de oftalmología* es el texto para estudiantes de medicina del que estudian todos los médicos, no sólo los oftalmólogos.

Además, usted escribió otro libro sobre la papila óptica...

Sí, bueno, ese libro de la papila, que se vende en todo el mundo, me dio muchas satisfacciones. En su momento lo hice porque no había ningún texto en el mundo que hablara sobre la papila y las grandes locuras de mi vida

“Hasta que mi hijo iba a dar el examen para entrar a la facultad, me había dicho que iba a hacer ingeniería. El día que entró a medicina me dijo: ‘papá, di el examen y entré.’”

siempre fueron la papila y la mácula. Además, por otro lado, estaba el tema de la patología por la retina fluoresceinografía que te mencioné antes.

¿Cómo ve la situación general por la que atraviesa la oftalmología en la actualidad?

Bueno, el problema básico de la oftalmología actual es el problema por el que pasa la medicina en general: son las obras sociales y las prepagas, sobretodo de los sindicatos, eso de la consulta en tres minutos. Hoy en día, dar un par de anteojos, que era con lo que antes el oftalmólogo pasaba media hora haciéndoles los exámenes al

paciente, ahora le pone la cabeza en la lámpara de hendidura, aprieta un botoncito y sale la receta. Por un lado, eso es una gran ventaja porque no se cometen errores, pero, por el otro, lleva la desventaja de que no le toman la presión al enfermo, no le miran el fondo de ojo y entonces no descubren ninguna posible patología oculta. Si el enfermo no se las dice: “vengo porque no veo”, no la encuentran nunca. Recién ahí te la buscan.

Estirpe

¿Qué se siente que su hijo haya sido, de alguna manera, su continuador?

Bueno, él lo eligió, probablemente por imitación, por verme a mí, pero yo nunca le dije nada, ni ejercí ningún tipo de influencia en su vocación médica. Por supuesto que cuando se recibió estuvo al lado mío en mi consultorio. Sus primeras prácticas también las hizo en el Lagleyze y después empezó

me loco”. Como es un chico buenísimo me respondió: “Papá yo voy a hacer lo que vos me digas”. Y entonces viajó a Estados Unidos, se especializó y hoy es uno de los mejores especialistas en vítreo que hay en Argentina.

¿Usted trabaja actualmente?

Soy consultor, asesor médico de la clínica Oftalmos, de la que es el dueño mi hijo. Pero voy cada tanto porque estuve muy grave hace un año y medio: estuve tres meses en coma. Me operaron de un aneurisma y casi me matan. Si no hubiera tenido un cirujano vascular conmigo, que era mi amigo, ahora estaría muerto. A él le dijo el anestesista: “Se murió”. “No, no, métnle sangre que yo lo voy a salvar”, respondió mi amigo. Me hicieron transfusiones por un total de 17 litros de sangre pero, después de tres meses, me sacó.

¿Y qué pasó después?

Y después estuve dos meses más para



la carrera docente: también él es profesor adjunto.

¿Cómo fue el momento en que él le comunicó a usted que iba a ser médico?

Hasta el día que iba a dar el examen para entrar a la facultad, me había dicho que iba a hacer ingeniería (risas). Y el día que entró a medicina vino y me dijo: “papá, di el examen y entré”.

¿Recuerda si le dio algún consejo cuando se recibió?

Si, recuerdo que le dije “o me llevás el apunte en lo que yo te diga o la hacés por las tuyas. Vos elegís, porque yo no quiero hacerme malasangre ni volver-

recuperarme porque quedé como un flan, no podía ni pararme. Y cuando salí me dije “bueno, hasta acá llegué” y regalé todos mis libros y mis papeles manuscritos a Arturo y a Carlitos Nicolí que lo acompaña en Oftalmos.

¿Cómo fue la recuperación?

Me fui a Pilar. Despacito me empecé a recuperar y hoy en día estoy exactamente igual que antes de operarme. Te confieso que si yo hubiera sabido esto no largaba la oftalmología, pero bueno, ahora me levanto a las 10 de la mañana, leo el diario, almuerzo tranquilo...

¿Entonces hasta hace dos años usted tenía pacientes?

Si, trabajaba a *full*. Hasta que tuve el problema del aneurisma trabajaba en Oftalmos, todos los días, de lunes a viernes. En 1995 me había jubilado y ahí dejé toda la esfera educacional y decidí dedicarme nada más que a la medicina privada.

¿Cuáles cree que fueron sus mayores logros profesionales?

Bueno, yo me considero un triunfador dentro de la especialidad. Por empezar, he ocupado la presidencia de todas las organizaciones de oftalmología más importantes del país. En segundo lugar, soy conocido y respetado internacionalmente, y tengo amigos en todas partes del mundo. Además, tengo discípulos en toda América, así que me siento realizado, podría decir que plenamente realizado.



1- Al recibir el título de Profesor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Asunción del Paraguay.

2- En el Simposio internacional de retina y vítreo de China, Septiembre de 1999. Plaza de Beijing.

3- Con el Dr. Juan Verdaguer, Profesor titular de la Universidad Católica de Chile en un congreso en Suiza.

4- El Dr. Alezzandrini junto a Neil y Susan Bressler, especialistas en mácula, en el meeting de la Academia Americana, año 1995.

Opinión

Una gran aventura

Por el Dr. Edgardo Manzitti*



Arturo Alezzandrini ha sido y es una persona muy importante en mi vida.

Aún recuerdo abrir la puerta de mi casa y ver a un tipo flaco y alto con un cigarrillo, con boquilla, preguntarme: ¿tu viejo?, después de un “hola Edgardo” y un “que tal flaco”, se encerraban toda la tarde a estudiar.

Años más tarde, ya recibido, lo volví a ver más seguido en el entonces Primer Hospital Privado de Ojos. Por esos años su entusiasmo, dinamismo, carácter fuerte pero auténtico y frontal lo destacaban claramente; todas o casi todas las retinofluoresceínas pasaban por sus manos, me asombraba y aun me asombra su memoria, su capacidad descriptiva y su profundo y meduloso conocimiento del fondo de ojo.

Esta personalidad, empuje y estudio lo llevó a destacarse en la oftalmología nacional e internacional. Su amplísimo currículum vitae supera estas líneas.

Profesor titular de Oftalmología de la Universidad de Buenos Aires, del Salvador, Doctor Honoris Causa de la Universidad de Asunción Paraguay, publicó casi 200 trabajos en revistas nacionales y extranjeras, autor de 6 libros que tratan del fondo de ojo; la papila; retinofluoresceinografía —diferentes tipos y modo de aplicación—; láseres, temas estos en los cuales fue un verdadero pionero, pero que también ha escrito un libro de texto para el pregrado. Formó parte del Comité de redacción de *Chibret Internacional Journal of Ophthalmology* (USA). Obtuvo 14 premios por trabajos científicos de investigación y por diferentes exposiciones. Dictó más de 450 conferencias en cursos, congresos nacionales e internacionales. Fue presidente de 7 simposios internacionales, invitado de honor en 46 oportunidades; fue presidente del XVI Congreso Argentino en 1999, donde tuve la suerte de acompañarlo en el Comité Ejecutivo.

Pertenece a más de 25 asociaciones y sociedades de la Argentina y del exterior, y es Miembro de Honor de la Sociedad Argentina de Oftalmología.

Tuve oportunidad de viajar muchas veces al Meeting de la Academia Americana de Oftalmología, a congresos panamericanos, a congresos europeos etc.

En los viajes se lo podía conocer mejor. Sus anécdotas, su conocimiento de las ciudades en las que se ubicaba como si fuera local: con él al lado siempre fue fácil llegar a restaurantes, museos y lugares alejados.

En 1999, con motivo de la presentación de un libro, me pidieron que dijera algo sobre Alezzandrini y escribí esto:

Las personas pueden tener dos actitudes en su vida: construir o plantar. Los que construyen, tal vez demoran años, pero un día, terminarán, entonces se definen, quedan limitados por sus propias paredes, la vida entonces, pierde sentido cuando la construcción se acaba.

Los que plantan, como lo ha hecho Arturo, sufren: con las lluvias, tempestades, nunca descansan, pero al contrario de un edificio, el jardín jamás dejara de crecer. Esto exige gran atención, pero también le ha permitido sentir que la vida fue y sigue siendo siempre una gran aventura.

Con todo mi afecto.

*Profesor Adjunto de Oftalmología de la UBA.